

Back to strangers

Gabriela J.S



Capítulo 1

1.

El diablo trajeado

El hielo que circulaba por sus venas se derretía cada vez que William le acariciaba la piel. Los susurros omnipresentes quedaban amordazados por unos instantes cuando él se echaba un chorro de aceite de gardenia en la palma de la mano, las frotaba enérgicamente y a continuación iniciaba un ritual. Primero rodeaba el cuello de Alexandra con dedos firmes, provocándole un suspiro y quedando asombrado como encajaba a la perfección, bajaba por sus hombros y a lo largo de sus brazos. Ascendía hasta sus pechos turgentes y los rodeaba con delicados roces, incendiándola...Alexandra echaba la cabeza hacia atrás sobre su hombro mientras se entregaba a la pasión, entonces William descendía lentamente con movimientos sensuales hacia su ombligo, acabando en el monte de Venus, dejando una estela de calor a su paso, y deslizando sus dedos hacia el punto sensible que ella acogía, hambrienta. Los dientes de Will buscaban el lóbulo de la joven, y cada vez que aceleraba la marcha, gemidos guturales flotaban en el éter. Florecían jadeos que cubrían con aire dulzón las promesas que sabía que no cumpliría, el hambre imperturbable y la serenidad que ahogaba bajo sus dedos.

Arqueó la espalda y se le erizó la piel al percibir el aliento cálido sobre su escurridiza piel.

Torció el rostro hacia él y lo besó; lento y después atropelladamente.

— Esto es lo que me hace feliz — murmuró él contra su hombro resbaladizo.

Ella sonrió, satisfecha, aunque su sonrisa se borró cuando el tono de llamada del teléfono de Will rebotó entre las paredes frías.

— Pero quizás no es lo que me hace a mí feliz; quizás necesite más — soltó ella.

— ¿Qué quieres decir?

William se apartó de golpe, poniendo distancia entre ambos.

— Que no puedo seguir así. Llevamos así tres meses y sigues trabajando para él— continuó ella sin dirigirle la mirada.

William resopló y se pasó los dedos por el pelo; el agua de la bañera ya no le resultaba tan relajante.

— No puedo dejarlo — aclaró al fin.

Alexandra le dirigió una mirada con el ceño fruncido y asintió despacio, como si estuviera tratando de digerir el significado de aquella frase simple. Carraspeó y salió de la bañera, desbordando agua a su paso.

— Alex... — la llamó él, pero el tono de llamada de su móvil le interrumpió.

Ella lo agarró y observó que no solo le había llamado por segunda vez, sino que tenía más de diez mensajes. Miró la pantalla unos segundos con la frente arrugada. 'Esto debe terminar' pensó, pero esa idea le resultó demasiado amarga.

Con el pulso acelerado le entregó el teléfono antes de darse la vuelta y salir del cuarto de baño. Se dirigió hacia el rincón de la habitación donde había dejado la ropa tirada en un pequeño remolino y comenzó a vestirse apresurada para salir de allí.

William salió de la bañera y se colocó una toalla alrededor de las caderas al mismo tiempo que sujetaba con el hombro su teléfono pegado a la oreja. Maldijo para sus adentros.

-¿La has encontrado? - le cuestionó una voz grave y que parecía enfadada.

-Sí, señor. Pero no tengo el material.

-Entonces, ¿ qué demonios ha podido pasar para que no tengas lo único que te he pedido?

William carraspeó sin pronunciar palabra.

— ¡Responde, maldita sea! — aulló Alain, furioso.

-Las tendrás mañana- aseguró Will.

-He tenido demasiada paciencia.

El corazón le dio un vuelco y el móvil se estremeció entre sus largos dedos. Cada paso hacia Alexandra le resultaba más lejano, demasiado fuerte. No pensaba que al darse la vuelta le esperaría el diablo trajeado. No se atrevió a mirar a su chica a la cara, hacia esos verdes ojos llorosos, sino que fijó la vista en el cristal de la ventana que daba al jardín trasero. Los copos de nieve aterrizaban sobre las ventanas opacas por el rubor blanquecino del calor que desprendía la leña en la sala contigua.

— Hola, William — el tono de la voz del dealer era espeluznantemente suave —. No recordaba que tu novia fuera tan guapa.

— Déjala en paz — siseó él.

No se molestó en si quiera mirarle, solo soltó un resoplido amargo.

— ¿Por qué no te sientas? No mordemos — expresó, aunque su sonrisa dentada sugería lo contrario.

Alain soltó una carcajada sonora, sacó un revolver y apuntó a Alex, quien soltó un gemido y sollozó en silencio.

— No oses moverte — amenazó Alain dirigiendo la mirada hacia ella.

— ¿Dónde están las fotos? — demandó Alain.

Los ojos de William se clavaban en el arma que amenazaba a la joven.

— Tic, tac... — insistió golpeando el bastón contra el suelo.

Alexandra lo observó de reojo y no pudo resistir a la belleza que poseía. A su alrededor dos serpientes se enroscaban con elegancia hasta el final de la empuñadura, donde sus cabezas descansaban unidas; llevaban esmeraldas por ojos.

-Venga, ¿vas a mancharte las manos por unos billetes? - intentó disuadirlo Will.

Alain rio y miró al hombre que tenía a su derecha.

-Ben, ¿tú que dices? ¿es un trato justo? -inquirió-. Lo que podríamos hacer contigo...— ronroneó inclinando la cabeza hacia la mujer de piedra a sus pies

— No te olvides del tratado — gruñó William.

Para aquel demonio su propia palabra era ley proclamada, pero seguía siendo imprevisible. Si incumplía el trato, él no dudaría en vengarse. Si sus manos se ensuciaban con la sangre de Alexandra, no vacilaría ni un segundo en arrancarle el corazón del pecho con sus propias manos a aquel bastardo y su sangre se escurriría entre sus dedos.

Se le secó la garganta solo de pensarlo, aunque conocía su debilidad y eso significaba una ventaja para él; respiraba y se desvivía por el dinero.

El lacayo se removi6, angustiado. Pas6 el peso de una pierna a otra antes de mirar de reojo a su jefe.

— Esas fotos valen más que tú y yo juntos — las palabras salían atropelladas de su boca-. Esas fotos compraron su libertad- bajó la mirada hacia Alexandra.

— En otras palabras, y solo te lo diré una vez: si no me pagas lo de esta semana le vuelo los sesos y le daré un banquete a mis perros. Seguro que lo disfrutarán.

Alexandra dejó escapar un jadeo y rompió a llorar en silencio, con el est6mago encogido y las rodillas tensas sobre el suelo frio. Pero no pensaba en sí misma, ni en como saldría de esa situación, sino en la expresión de William que por momentos se enterraba en frustración o desesperación. A su vez, él luchaba contra la imagen que se posaba sobre sus retinas una y otra vez; el cuerpo de Alexandra cayendo, quedándose inerte, con su cabeza rodeada por un charco granate y un hilo zigzagueante que atrapaba los pies descalzos de William. Y mirada llena de terror que le juzgaría desde la oscuridad. Un recuerdo tortuoso más a la lista de caras destrozadas que trajo consigo de la guerra.

— Hubo un malentendido — murmuró—, pero puedo compensártelo. Tengo algo mejor que billetes — siguió diciendo cuando el dealer levantó un dedo.

-¿Algo mejor que unas fotos por las que cobro miles de dólares?

Sorpréndeme- animó con las cejas arqueadas.

William accedió y dio media vuelta, agarró con ambas manos el frigorífico y lo apartó a un lado, después se agachó de cuclillas delante de un enchufe; lo sacó y del interior del hueco vació extrajo un pequeño saco recubierto de terciopelo dorado y lo levantó a la altura de su cara sujetándolo por unos hilos de seda. Alain le hizo un gesto con la cabeza a Ben para que lo cogiera y este se acercó a William quien le lanzó el saquito. Los ojos del lacayo se iluminaron al comprobar el contenido. Parecía estar hipnotizado pues cuando el camello lo llamó ni se inmutó, hasta que le golpeó detrás de la rodilla con el bastón que llevaba consigo. Fuera lo que fuese lo que había en esa bolsa, debía valer oro.

— ¿Sabes por qué me gustas tanto, Willy? — preguntó Alain, mientras otro de sus secuaces salía de la casa con la recompensa —. Porque eres inteligente y sabes lo que te conviene.

Entonces guardó la pistola, uno de los matones se acercó a William y le

propinó un puñetazo en la mejilla y después salió por la puerta trasera tras Alain. Alexandra gateó hasta Will, que la rodeó con su cuerpo.

— Volveremos a vernos- prometió Alain.

Las palabras sonaron desde la distante oscuridad nocturna. Sebastián abrió la boca para decir algo, pero un olor metálico alcanzó su nariz y el agotamiento se cernió sobre él como si le golpearan con piedras.

En ese momento, cuando el arma la estaba apuntado, en ese preciso instante se dio cuenta de que en realidad el pilar en el que se sostenía era ella; era lo único que lo mantenía con vida. sin ella no conseguiría salir de ahí, pero ¿Cuál sería el precio que debía pagar? La iba a consumir.

Agotaría su sonrisa, el brillo de su mirada, sus dedos delicados y pequeños que se aferraban a su espalda por las noches convirtiéndose en una trinchera segura. Sabía que el amor no quitaba el hambre y que un moratón sería más difícil de ocultar que una perdida.

En el pecho de Alexandra se posó una capa de nieve densa, que le oprimía los pulmones y no la dejaba respirar. Necesitaba salir de ese lugar. Las sensaciones se arremolinaban en su cabeza, acechándola. Eran crudas e inquisitivas. Debía alejarse de ellas y de la conversación que no quería tenerlevantó del suelo a duras penas, se recogió el pelo en un moño mal hecho y tras coger su bolso fue disparada hacia la puerta.

— Alexandra...

La voz de William colisionó contra su espalda mojada. Ella dio media vuelta y alzó la vista para mirarle, ansiosa por la silenciosa súplica que brillaba en sus ojos.

— Por favor, quédate — rogó acercándose a ella.

— No — le rechazó dando un paso atrás-. Esto se ha acabado — anunció alto y claro, aunque en sus ojos apareciesen lágrimas y la garganta le ardiese.

— Encontraremos la manera — respondió él, pero ella negó con la cabeza —. Entonces,... ¿se acabó? — preguntó con un hilo de voz mientras la piel le ardía.

— Ahora mismo no soy buena para ninguno de los dos. Solo nos traeré problemas...

— Lo soportaré — accedió él.

— Perdóname — murmuró ella.

Will enmudeció y, sintió las palabras a quemarropa. Le clavó la mirada y ordenó con rudeza:

— Vete.

Alexandra asintió pausadamente y finalmente salió por la puerta sin volver la mirada atrás. Se llevó consigo la mirada de William taladrándole la nuca y los sollozos que le perforaban el pecho. Cruzó el jardín a paso rápido, pero tuvo que parar cuando vio como Alain y sus secuaces se montaban en un todo terreno y aceleraban hasta perderse entre las calles oscuras. Cegada por las lágrimas que no paraban de brotar salió a la calle cuando, de pronto, una luz la deslumbró y el chirrido de unos neumáticos contra el asfalto resonaron en la calle silenciosa. Involuntariamente se agachó y quedó petrificada.

-¿Te has vuelto loca?- aulló una voz masculina.

Los faros seguían iluminándola y no pudo ver la cara de aquel desconocido hasta que no lo tuvo agachado a menos de medio metro de ella.

Cuando sus miradas se encontraron la joven seguía sin reaccionar. En el rostro de él la ira se fue disipando hasta alcanzar la preocupación, como si creyera que lo que tenía delante era un fantasma. Parecía haber sobrevivido al caos, pero no estaba seguro de si se había convertido en él como solía ocurrirles a las personas que lo conocían. Quería ver mejor su rostro así que se quitó despacio un guante y alzó una mano para apartar los mechones de cabello de la mejilla de Alexandra . Una sensación de calidez le cubrió el pecho y no pudo evitar arroparla con su gabardina. Rodeó su cuerpo y después la ayudó a erguirse. El corazón le latía con fuerza, como si quisiera salir de un momento a otro.

Ella suspiró al ser recorrida por un escalofrío cuando el tacto áspero de las yemas de aquel hombre le rozó la piel fría por el gélido viento que los rodeaba. Varios copos diminutos se posaron sobre los cabellos ondulados de él. Se apartó indecisa, temblando como una hoja, y miró por encima del hombro del desconocido.

-¿Busca a alguien?

Ella negó con la cabeza automáticamente.

-Entonces, déjeme llevarla a casa. Se va a congelar- dijo él percatándose de que tanto las mejillas como la nariz de la joven se había teñido de un rosa fuerte.

-No hace falta- su voz sonó cansada.

-Insisto.

-Está bien.

Aquella noche, a finales de diciembre, con un libro entre manos y una copa de licor no esperaba acabar horas más tarde con una desconocida subiendo a su coche mientras seguía el rastro de un nuevo indicio del caso Hayles. Debería estar siguiendo aquel todoterreno, no acompañando a esa joven a donde quiera que estuviese su casa. Aunque pensándolo mejor, habían salido por el mismo jardín.

-Por cierto, no me ha dicho su nombre.

-Elias De Luca- murmuró con una sonrisa en los labios al mismo tiempo se incorporaba al tráfico de Valencia.

Capítulo 2

2.

La oscuridad de un beso

10 de diciembre...

Sus pensamientos se dispersaron mientras dejaba caer su cuerpo sobre el mullido sofá de terciopelo.

Lo acarició con las yemas de sus manos temblorosas y como si lo hubiera tocado por primera vez, quedó asombrada por su delicadeza. entonces alzó la mirada y en el ventanal pudo ver como al otro lado las luces de la inmensa ciudad centellaban disminuyendo el poder de las estrellas salpicadas en el cielo oscuro. Pero también pudo distinguir en el reflejo a la joven que estaba recostada en el sofá, con las botas tapándole hasta las rodillas y el vestido corto que dejaba a la vista una pequeña porción de piel blanquecina llena de purpurina. Alexandra parpadeó confusa y le hizo la peineta a su silueta antes de sentir que lo que la rodeaba se movía a cámara lenta y sus sentidos se intensificaban.

Gateó hasta el cristal y se quedó postrada de rodillas ante el reflejo humillante y rompió en un llanto a pleno pulmón.

Se hundió en ese mar frío y distante dejó que sus pulmones se llenasen y que el aliento gélido la invadiera. Sus latidos se descompasaron, y cada gemido de dolor que emitía se arrastraba sobre su paladar enroscándose con su lengua. Aun así, las voces de su cabeza no enmudecieron, sino todo lo contrario, la taladraban desde el interior con tanta violencia que creyó que las pastillas azules serían una tabla de salvación; un salvavidas que acabaría más tarde ensombreciendo lo que la rodeaba y la convertiría en plenamente consciente de su cuerpo y de la batalla que este llevaba a cabo para mantenerla a flote.

Se deslizaba entre lagunas que serpenteaban entre sus pensamientos y el entumecimiento que había alcanzado su cuerpo tras colapsar cuando de un lugar lejano escuchó cerrarse una puerta de golpe. se estremeció ante el estruendo y dejó caer su espalda desnuda contra el mármol frío; se revolvió en una convulsión aterradora dejándose engullir por el silencio ensordecedor.

-¿Qué...?

Tras cerrar la puerta de golpe, Grace se arrodilló al lado de su amiga y la colocó de lado. Alexandra gimió y frunció el ceño tratando de dar la vuelta sobre si misma para incorporarse.

-Has vuelto a beber- farfulló decepcionada mientras se quitaba el abrigo y lo dejaba tirado en el suelo. Alexandra balbuceó algo ininteligible pues la estancia se llenó de golpes secos. Susan, la propietaria del ático había perseguido a Grace hasta la entrada donde se vio con la puerta cerrada en

sus narices.

Grace miró hacia la puerta.

-Lárguese, por favor- alzó la voz con la esperanza de que la mujer se cansara y se marchara.

-Eres una sin vergüenza. ¿ Como has podido hacerme esto, niñata?

La joven sacudió la cabeza al notar como la ansiedad crecía en su pecho.

Inspiró profundamente y acto seguido, se dirigió a la cocina, humedeció un trapo con agua fría y se lo pasó por el rostro y el cuello a Alexandra.

-¿Vas colocada?- la interrogó-.Maldita sea, Alex, maldita sea

-No- gorjeó ella-. Fue solo una copa pero...las voces...- arrastraba las palabras.

-Ya, claro. Huelo el alcohol desde aquí - respondió desde la cocina-. Son las seis de la mañana. Alex...llevabas sobria más de un año —. La imagen de ella apoyada en la bañera, con los brazos y la cabeza colgando por fuera y las puntas de su cabello ondulado, empapado en ese líquido granate incluso después de un año seguía rondándole por la mente —. Pensé que estabas muerta, por un instante creí que...

—Tú no lo entenderías.

—Lo que en realidad no consigo entender es cómo puedes tener la capacidad de salir adelante y de empujarte a ti misma al fondo otra vez. los golpes no cedieron, lo que enfureció aun más a Grace quien agarró su móvil y llamó a Susan.

-¿Cómo puedes ser tan zorra?-le espetó la señora.

-Primero: yo desconocía que aquel hombre fuese su marido; no llevaba la alianza- bramó cabreada-. En segundo lugar, yo estoy soltera, puedo acostarme con quien quiera, es él quien está casado, él le debe respeto a usted- las palabras salían a bocajarro de su interior-. Tercera y ultima cosa: no soy una zorra y si así lo fuera es mi problema, no el suyo. Una carcajada histérica retumbó en el pasillo y resonó a través del altavoz.

-No, nena, la última cosa es que os vais a largar de mi propiedad.

-Tenemos un contrato.

La mujer volvió a reírse.

-Si ponéis un pie fuera de la casa, juro por Dios que cambio la cerradura y no volvéis a ver vuestras cosas- amenazó-a ver cuanto aguantáis encerradas como las ratas que sois.

-No puede hacer eso.

-Oh, claro que sí- y colgó. Unos pasos lejanos indicaron que Susan se había marchado.

Alexandra sacudió la cabeza como si quisiera alejarse de una pesadilla, se incorporó y fue arrastrándose poco a poco hasta el sofá mientras su amiga trataba de ayudarla.

Grace estaba dolida y cansada, pero sobre todo dolida.

Se levantó a duras penas del suelo frío y con el corazón entre los dientes y la cabeza bombeando, como si estuviera a punto de explotar, se dirigió a su habitación. Desde la puerta pudo verse en la superficie del espejo del baño.

Anduvo hasta él despojándose de su ropa por el camino. Cogió un disco de algodón, le echó desmaquillante, impregnando el aire con un olor floral dulzón, lo presionó contra uno de sus párpados hinchados y acto seguido lo llevó hasta la sien, arrastrando con él los restos del maquillaje de la noche anterior. Repitió la acción con el otro y entonces en el silencio la única voz que pudo escuchar fue la de Grace:

—No lo eches todo a perder, Rose. Porque no siempre habrá alguien que te agarre la mano cuando no sepas como escalar sobre las lagunas. Yo te saqué del fango — dijo seria-, pero no sé cuanto tiempo podré ayudarte si no cooperas.

Alexandra tomó aire por la nariz y cedió.

-Si no hago los pagos,... si no entrego la mercancía,...si me encuentran...- tembló- no tienes ni idea de lo que nos hacía...

Se acarició las cicatrices del cuello y tembló cuando percibió la rugosidad de estas contrastando con su piel sana.

-Te quiero mucho, amiga, pero sinceramente creo que necesitas aprender a ordenar el bullicio y no acudir a esas pastillas para hundirte en silencio cada vez que no ves la salida.

rose asintió despacio.

-Me dijo...que incluso cuando creyera que ya no poseía nada especial, incluso entonces seguiría teniendo algo que el mundo quizás no necesite, pero sí quiere...siempre seré mercancía- susurró- mercancía defectuosa que solo sirve para un rato.

Grace parpadeó para apartar las lágrimas que se amontonaban en sus ojos y fue hacia su amiga para abrazarla.

-No eres un objeto, eres una mujer fuerte- dijo acariciándole el pelo.

No podía decirle aún que las iban a echar de la casa, ni que no podrían salir...necesitaba ducharse y dormir, por la mañana le contaría su plan.

Ella la alejaría de toda aquella miseria como fuera posible.

Solo necesitaba un sueño reparador.

Le dio intimidad para que pudiera ducharse. Cuando Alexandra

se introdujo bajo la alcachofa de la ducha, el agua caliente se deslizó por su piel, borrando de ella todo rastro de purpurina y por un instante sintió calma.

Capítulo 3

3.

La oscuridad de un beso II

12 de diciembre...

De alguna manera tenía el mismo sueño una y otra vez. El hombre de camisa azul marino y ojos grises. Él la observaba a los pies de la cama, alargaba su mano hasta su hombro; era grande y poseía una fuerza perturbadora. Entre las sombras aparecía una casa, y la mujer de cabello largo mecía entre sus brazos una pequeña criatura mientras susurraba una nana. En su rostro había temor, y un gran pesar, tanto que en un intento de salvarse de la oscuridad saltó al vacío, entonces la voz de Grace la trajo a la realidad.

¿Otra pesadilla?

-Sí...

-Creo que un cambio de aires te vendrá fenomenal- sugirió esbozando una sonrisa

Sin embargo Alexandra no estaba tan segura.

-No estoy tan segura... esto está a media hora en coche de la biblioteca, y mi coche murió hace semanas....

-no pensarás lo mismo cuando lo veas. Podrás respirar aire puro en el jardín, y pintar en el invernadero- sugirió Grace mientras tomaba la salida de la autovía.

El camino asfaltado desapareció y dio lugar a un camino de piedra cubierto por una fina capa de nieve.

Los tonos violáceos que vestían el cielo la absorbieron y pequeños fragmentos de recuerdos difusos bailaron en su mente, como cuando alguien escribe algo con tiza sobre una pizarra y después los borra de mala manera dejando segmentos de ello esparcidos aleatoriamente. De repente, una inquietud le oprimió el pecho cuando al final del camino rodeado de numerosas pináceas cuyas ramas frondosas escondían pequeños gorriones que piaban y revoloteaban sin cesar, logró vislumbrar un palacete.

Este miraba hacia el lago. Las ventanas descuidadamente cerradas le daban un aspecto siniestro, la pintura roja de la madera se había desdibujado y los muros tenían un aspecto gris y abandonado. El viento arrancó varias tejas y las grandes nevadas habían logrado quebrar la madera de los marcos de las ventanas y las puertas exteriores.

-El aire de aquí es puro; te ayudará a despejar la mente...-aseguró su amiga al notar como la respiración de Alexandra se había acelerado.

-Siempre que no suponga un inconveniente para llegar a tiempo al

trabajo. Creo que has omitido un pequeño detalle cuando sugeriste mudarnos a más de media hora en coche de la ciudad: no tengo coche.

-Te prestaré el mío hasta que encuentres uno.

-No tendrías que hacerlo si no te hubieras acostado con el marido de la casera...- murmuró Alexandra mirando por la ventanilla.

Grace resopló y su flequillo revoloteó sobre su frente.

-Desconocía ese pequeño dato. Además, era él quien tenía la obligación de mantener la bragueta subida- añadió molesta.

Alexandra se mordió el interior de la mejilla sin dirigirle la mirada a su amiga. Quizás era culpa suya que estuvieran en aquella situación pero intentaba remediar el problema ofreciéndole un techo a cambio de una miserable cuota mensual con la que pagaría los gastos.

El coche rodeó la fuente llena de nieve y se detuvo a los pies de una escalinata protegida por dos águilas, una en cada extremo. A los pies de los bloques descansaban cinco rosales.

Grace inclinó su cuerpo sobre el volante y analizó la casa con el ceño fruncido.

-No lo recordaba así...-dijo para sí misma y se bajó del coche de un salto. Alexandra tomó una bocanada de aire antes de abrir la puerta y salir. Una ráfaga de aire helado le golpeó la cara y por un momento pensó que sus pulmones se congelarían. Alzó el rostro hacia la casa y entre sus labios escapó un suspiro.

Ayudó a Grace a sacar parte del equipaje del maletero, lo dejaron en el primer escalón y a continuación, se volvió hacia el jardín examinando el entorno con expresión contraída.

-¿Señorita Grace?- una voz masculina las sobresaltó. Se dieron la vuelta con urgencia y en el porque pudieron distinguir a un hombre bajito.

en el rostro de Grace apareció una sonrisa tierna.

-Señor Anthony, no esperaba encontrarme con usted aquí hoy. ¿Cómo le van las cosas?

El hombre rio y bajó los escalones hasta alcanzarlas. Le dio un abrazo a la joven y después saludó con un apretón de mano a Alexandra.

-Anthony Ross, a sus órdenes- se presentó él. La joven le sonrió débilmente y se presentó:

-Alexandra.

-De haber sabido que venían ustedes habría preparado un poco la casa...

-Ha sido de imprevisto, no se preocupe. Creía que Elías se ocupaba de mantener esto en mejores condiciones.

El hombre contestó con una sonrisa amplia:

-Desde que los antiguos inquilinos se marcharon en plena noche, su hermano me sugirió que no invirtiera demasiado tiempo en el interior y que intentase mantener más el exterior de cara al futuro.

La joven alzó las cejas y parpadeó sorprendida.

-Quiere venderla...

El señor asintió con la cabeza dubitativamente.

-Por el equipaje que traen parece que se van a quedar una temporada...

-Unos meses, sí.

El señor Ross asintió y fue a coger un par de maletas para tomar rumbo

hacia el interior de la casa.

Alexandra miró de soslayo a su amiga, con el corazón latiendo con fuerza.

-Esto necesita una pequeña reforma- dijo ella.

-Creo que necesita algo más que eso- murmuró Alexandra pisando atentamente el suelo de madera que crujía bajo sus pies al llegar al porche.

Cuando el señor Ross giró la llave en la cerradura, Grace no pudo evitar fijarse en el aspecto de este. Se conservaba muy bien para su edad y estaba claro que le gustaba cuidar su aspecto dado el vaquero y la camisa perfectamente planchados y el cabello impolutamente peinado hacia atrás. Los engranajes de la puerta chirriaron cuando Ross la abrió dándole un empujoncito sobresaltando a las jóvenes quienes torcieron el gesto al ser abofeteadas por un olor penetrante que provenía del interior de la casa. Los techos eran altos y de ellos colgaba una majestuosa lámpara de techo.

A ambos lados del recibidor había una puerta cuyo marco era redondeado y estaba cubierto de una especie de planta trepadora de color dorado. Al fondo pudo ver una esbelta escalera imperial, que conectaba el recibidor con la primera planta. Desde donde se encontraba podía ver el reloj antiguo cuyo péndulo masacraba cada fragmento de segundo mientras las manecillas seguían deslizándose entre las horas. Pequeñas flores estaban talladas pulcramente en la madera y en el interior de cada una descansaba eternamente diminutos ópalos australianos que resaltaban gracias a los bordes dorados.

—La casa no ha cambiado mucho. Su hermano me pidió expresamente que mantuviera todo tal y como lo habían dejado sus padres —explicó Ross.

-Por supuesto.

Entraron en la sala este de la casa. Ahí se encontró con una estancia generosa y luminosa, con grandes ventanales, cortinas de encaje que dejaban penetrar la luz del exterior invernal, sofás de cuero oscuro, y una chimenea de mármol donde ardían varios troncos. Encima de esta se consumían dos velas; una negra y otra roja.

Se acercó a uno de los sofás y pasó el dedo por encima. La tela resultaba algo rugosa al tacto y curiosamente rígida. Carecía de cojines, en cambio en una esquina había una manta perfectamente doblada.

—¿Son los de siempre?-preguntó Grace.

—Sí. Su padre me encargó su cuidado estricto. Llevó años manteniéndolos en este estado.

Grace asintió con la cabeza, aunque parecía que su mente estaba en otro lado.

Sobre la pared que había encima de la chimenea estaba colgado el retrato de su difunto padre. Tenía esa expresión característica gélida, con una ceja ligeramente arqueada que lograba incomodarte incluso desde el más allá. Observó el cuadro con desdén. Tenía pocos recuerdos con él así que más que un padre podría decir que era un desconocido. Apartó de un manotazo los pensamientos intrusivos de su mente y controlando las

lágrimas que parecían amontonarse en sus ojos, se giró hacia Alexandra. -Vayamos a ver las habitaciones. Gracias por todo- dijo mirando al señor Ross.

-Si necesitan algo tienen mi número en una tarjeta sobre la mesa de la cocina- anunció antes de retirarse.

Subieron a la planta de arriba casi corriendo por las escaleras y fueron habitación por habitación para ver si estaban en condiciones.

-Quédate la de la izquierda y yo me quedo con las de la derecha si te parece bien.

Alexandra asintió y fue a por sus maletas.

Con la punta de sus zapatos la empujó y esta se abrió chirriando como un fantasma agonizando. Dejó caer las maletas sobre el suelo de madera. Soltó un suspiro y barrió la estancia con la mirada al mismo tiempo que se deshacía de su abrigo. Luego procedió a quitarse los botines de tacón y mientras se masajeaba los pies doloridos observó las paredes empedradas vestidas con cuadros abstractos y cabezas de ciervo colgadas.

Ramas entrelazadas de madera formaban el cabezal de la enorme cama que descansaba majestuosa en el lado izquierdo de la habitación. En el lado opuesto se hallaba la chimenea llena leña chispeante, rodeada de mármol y ornamentada con lo que parecían hojas y flores trepadoras de oro. Encima de esta había posados un par de jarrones de cerámica llenos de rosas blancas y rojas cuyos tallos y hojas estaban secas, los pétalos de las flores, por el contrario, rebosaban unos colores vívidos. Alexandra parpadeó extrañada.

Dio varios pasos hasta llegar al borde de la alfombra antigua y la pisó con delicadeza. Era áspera y le hacía cosquillas en la planta de los pies a cada paso que daba sobre ella.

En una esquina había una puerta que daba a un baño pequeño y acogedor. Con un espejo que iba de una punta a otra de la pared, a un lado había una ventana desde la cual se podía ver el mar ansioso cuyas olas golpeaban con rudeza las rocas de la orilla del acantilado. A los pies de esta había una gran bañera tipo jacuzzi. Acarició el borde de grisácea del lavabo y su piel se erizó con el tacto frío de la piedra. Alzó la mirada hacia el techo y descubrió con asombro que este estaba cubierto por espejos cuyos cristales poseían un filtro anaranjado y que le ofrecían una visión panorámica de todo el aseo. Volvió a bajar la vista y se encontró con una joven pelirroja que la estaba fulminando con la mirada llena de decepción. Al fin y al cabo, captó la idea de que no era un vertedero donde cualquiera podía abandonar sus míseros sentimientos sempiternos que escogieron ser efímeros tras largas noches de lujuria. Suspiró y salió de la estancia con los hombros encogidos. Fijó los ojos en las llamas rojizas que saltaban ansiosas. Ahora su rugido resultaba un sedante para su helado corazón.

Salió al balcón cerrado por grandes ventanales y se sentó en uno de los sillones de terciopelo, sumiéndose en un silencio tan profundo que logró escuchar los latidos de su corazón junto al par de gaviotas que revoloteaban sobre el palacete y el oleaje lejano del mar haciendo eco

entre los bosques que rodeaban la casa.

Echó la cortina grisácea hacia un lado y cuando asomó la cabeza, sus ojos se encontraron con los de un hombre que estaba de pie junto al lago.

Automáticamente dejó caer la cortina y con el corazón acelerado se negó a creer que había visto a alguien allí abajo.

Soltó una risa histérica antes de decirse a sí misma que había enloquecido. Se levantó del sillón y volvió al interior de la habitación donde se despojó de la ropa dejándola caer a los pies de la cama y llenó la bañera de espuma.

Dejó que el tocadiscos lanzase partículas de notas musicales que llenaban el silencio y la sumergían en una burbuja. Estuvo inmersa bajo el agua lo suficiente como para que las yemas de los dedos se arrugasen. Salió, se tapó con un albornoz y se sentó cruzando las piernas encima de la cama con el portátil delante. Al alzar la vista se halló sumida en una penumbra cegadora tan solo alumbrada por la llama de una vela.

Desde su derecha, una luz azul y dorada le llamó la atención. Giró la cabeza con cautela hacia ella y halló una bola de cristal que dentro contenía una galaxia, donde millones de estrellas y astros flotantes brillaban alrededor de los diminutos planetas. Observó como cada uno poseía unos colores vivos y diferentes, y recordó que seguía estando en una habitación completamente oscura, así que con manos temblorosas dejó el objeto donde lo había encontrado, encendió la linterna del móvil y alumbró en dirección a donde creía que unos ojos curiosos e incluso ansiosos la observaban con insistencia; famélicos de terror. Pero ahí no había nadie. Alargó la mano hacia el interruptor y la habitación se iluminó de golpe cegándola al principio y desestabilizándola después; tuvo que apoyar una mano en la mesita de noche tirando, sin querer, lo que había encima y provocando un estruendo que la sobresaltó. Se levantó de la cama con el corazón en la boca y bajó la mirada al suelo donde estaba tumbada y rotando en forma circular la bola. La agarró y al darle la vuelta distinguió las iniciales A.W. talladas en la base de madera.

Cuando sus tripas rugieron le escribió un mensaje a Grace:

-¿Crees que nos podrían traer la pizza hasta aquí?

Escuchó un 'Si' desde el otro lado del pasillo por lo que volvió a dejar la bola sobre la mesita y , acto seguido, hurgó en su equipaje en busca de algo que ponerse.

Cuando encontró su vestido de lana color turquesa no dudó en ponérselo, aunque no hiciera tiempo para un vestido corto y se preparó para bajar y pedir la cena.

Despertó de forma abrupta en medio de la oscuridad de la noche. Eran apenas las cuatro de la madrugada. Descansó la mirada soñolienta en la cortina que ondeaba con las ráfagas de gélido aire que entraban por la ventana. Se levantó apresurada para cerrarla preguntándose como se podía haberse abierto si se aseguró de cerrarlas bien.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo y tuvo que volver corriendo a la cama para taparse con urgencia hasta el mentón y mientras cavilaba, agitada entre las sábanas, oyó un golpe, como si otra ventana se hubiera abierto y cerrado de golpe. Alexandra se removió inquieta en la cama al mismo

tiempo que sus latidos palpitaban densos en su pecho. Se quitó la manta que le cubría la cabeza y miró de soslayo hacia la puerta antes de refunfuñar algo ininteligible. El ruido sordo se repitió lo que la sobresaltó. Percibió como por sus extremidades desnudas emigró el miedo frío. En momentos como aquellos detestaba a Grace, pues tenía la capacidad de dormir con el volumen en los auriculares a unos decibelios que resultarían ilegales. Con el corazón en un puño salió de la cama y con pasos cautos se deslizó escaleras abajo hacia la cocina. Anduvo en la oscuridad hasta llegar a la cocina cuando sus pies se pararon en seco al descubrir un cuerpo estremeciéndose sobre el fregadero. tomó aire un par de veces y pudo escuchar a través del silencio como el desconocido resollaba con fuerza y el ruido metálico lo acompañaba. Tragó saliva y bajó la vista hacia sus manos temblorosas y se debatió entre salir corriendo o enfrentarlo. Sacudió la cabeza en desaprobación cuando se halló a sí misma deslizándose con pequeños pasos hacia la mesa de la cocina. Su cuerpo la había defraudado pues obedeció las instrucciones que la adrenalina le había ordenado.

Agarró el jarrón de cerámica entre sus pequeñas manos. Se acercó a él por detrás, con las piernas flaqueando y el estómago en la boca. El haz de la luna iluminaba lo suficiente para permitirle ver que a pocos metros de ella se encontraba un hombre cuyos hombros anchos se sacudían.

Y entonces, en un parpadeo las manos fuertes y grandes agarraron su cuello, empujándola contra la isla, aprisionando su cuerpo menudo entre esta y el tronco duro del desconocido. El jarrón se resbaló entre sus dedos estallando en pedacitos al alcanzar el suelo. Alexandra soltó el poco aire que le quedaba en los pulmones y miró directamente a los ojos; en ellos descubrió una neblina oscura. Su aliento forzado le rozaba la mejilla mientras ella se esforzaba en soltarse. Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas enrojecidas cuando el oxígeno escaseó. Intentó apartarle con las manos, pero de pronto notó como la camiseta xl que llevaba se estaba empapando de algo cálido.

—Por favor — balbuceó aterrorizada —. Por favor...Soy yo...— las palabras se soltaron a bocajarro de sus labios y frunció el ceño al no entender por qué las había pronunciado, sin embargo, surtieron efecto porque la bruma grisácea que se cernía sobre el rostro del individuo se disipó. Aquellos labios le resultaban conocidos y los ojos rasgados... estaba casi seguro de que la conocía, como la hubiera visto en algún lado. Entonces cayó en la cuenta de que no era la primera vez que se encontraba con ella. Sin ser consciente de ello sus manos se deslizaron sobre sus hombros hasta llegar a su cintura y dejándose arrastrar por la electricidad que los envolvía, cerró su boca sobre la de ella.

La joven olvidó por un instante cómo respirar y cuando abrió la boca, el hombre la invadió con su lengua.

y acto seguido, él cerró su boca sobre la de ella. Por un momento olvidó cómo respirar y cuando abrió la boca el individuo le invadió con su lengua. Las manos de ella se agarraron a sus antebrazos y dejó que la empujara hacia algo que ni siquiera ella comprendía.

De pronto la soltó y tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no

caer de culo; apoyó una mano en uno de sus muslos y con la otra se quitó el sudor de la frente al mismo tiempo que trató de recuperarse.

—¿Se puede saber qué diablos le ocurre? —vociferó con la voz atrancada. Su cuerpo se sacudía con fuerza cada vez que tosía.

—Lo siento, maldita sea. Lo siento mucho. Lo siento—Se disculpó sin cesar—. Lo siento.

Ella negó con la cabeza mientras se masajeaba el cuello dolorido y seguía tosiendo con esfuerzo.

—Lamento de verdad todo esto. Acabo de volver de...— miró a la chica que había dado un par de pasos para alejarse de él, despeinada, y el aliento resquebrajado.

La joven parpadeó confusa al mismo tiempo que se erguía y se recogía el cabello alborotado en una cola de caballo.

Miró detrás de este y descubrió lo que estaba haciendo. En la encimera apenas se podía ver un plato con gasas, hilo, agujas... y una bala. Se llevó las manos a donde su ropa se había mojado y cuando bajó la mirada vio que era un líquido oscuro.

-Pero ¿qué...?-gritó ella.

-Por favor, deja de gritar.

-Salga de esta casa o llamo a la policía- amenazó ella con tono severo.

-No puedes echarme.

-¿Que no? Ya verá cómo...- pero no llegó a darse la vuelta para ir en busca de su móvil pues él la agarró del brazo.

-¿No me recuerdas?

-¿Debería?

-Casi te atropello hace unas noches...cuando saliste disparada en mitad de la calle- explicó él.

Ella lo observó con el ceño fruncido y antes de que pudiera abrir la boca el hombre añadió:

-No puedes denunciarme porque en este preciso instante tienes delante al dueño. En todo caso soy yo quien debería llamar a la policía porque una loca se ha colado en mi propiedad.

Ella tiró del agarre y lo fulminó entre las sombras.

-Para tu información, no me he colado. He venido acompañada por su dueña.

- Elías De Luca, el hermano de Grace, alias la dueña- se burló él.

-Casi me mata- bramó ella haciendo caso omiso a su broma. En cambio, su mano fue directa a sus labios hinchados y doloridos.

-Lamento mucho lo que ha ocurrido- contestó él sin apartar la mirada de ella- pero creo que un beso jamás tendría ese poder.

Ella puso los ojos en blanco y negó con la cabeza cuando en el rostro de él asomó un atisbo de sonrisa.

Dio media vuelta para salir de allí antes de volverse loca.

-Alexandra- pronunció su nombre alto y claro, lo que la hizo dejar de andar al instante, pero no le miró.

-No le cuentes nada de esto a mi hermana.

-Por mí como si sales de aquí con los pies por delante. Buenas noches, De Luca.

El hombre, lleno de remordimiento y como embrujado la siguió con la mirada viendo como atravesaba el marco de la puerta contoneando las caderas bajo la camiseta.

Capítulo 4

4.

Jugando con barro

Todo era sangre, allá donde posase la mirada era sangre. Lo respiraba, lo saboreaba y le gustaba. El aire frío la envolvió y sus músculos estaban ateridos.

El viento sutil como la caricia de una pluma le erizó la piel húmeda. Ante ella se mostraba una oscuridad arrolladora que salía de las sombras y se cernía sobre su cabeza, abrazando sus pensamientos, ofuscando sus sentidos y disfrazándolos de pánico al sentir como dos ojos violentos la observaban desde lejos.

Era él. Había vuelto a por ella; y el sonido de sus pasos mientras se acercaba a ella resonaban en su mente, lejanos como su estuviera con la cabeza sumergida en agua y escuchase con atención los sonidos que la rodeaban. El silencio sordo del agua se entremezcla con los golpes densos del exterior, llenándote.

El fuego, no podía respirar...

Su cuerpo se estremeció y abrió los ojos de golpe. echó un vistazo hacia la ventana donde pudo percibir los primeros destellos de luz grisácea que solo podía augurar una cosa: otro día nublado. se arrastró hasta el cuarto de baño, dejó que el camisón cayera formando un círculo alrededor de sus pies y se metió bajo la alcachofa de la ducha. dejó que el agua fluyera por su cuerpo mientras se debatía entre si seria buena idea volver a las pastillas o luchar contra los recuerdos con las manos desnudas.

Un suspiro escapó entre sus labios al mismo tiempo que se levantaba y se metía bajo la alcachofa de la ducha.

Cuando el agua comenzó a salir templada, salió de la ducha envuelta en una toalla. se acercó a la cómoda y sacó unos vaqueros y una jersey de cuello alto después guardó el camisón en el cesto de ropa sucia y salió de la habitación con pies de plomo.

Alagó la mano por la pared en busca del interruptor de la luz, cuando el pasillo se iluminó parpadeó y se frotó los ojos doloridos.

Bajó de puntillas los escalones hasta la planta baja, como si fuera una ladrona. se puso sus botas con cuidado, y se escurrió al exterior de aquella casa sofocante y callada casa, como si estuviera cometiendo una infracción.

Empezaba a echar de menos el bullicio de la gran ciudad. al menos eso la ayudaba a alejarse de sus propios pensamientos.

Fuera el olor a lluvia, el frío y la humedad calando hasta la sangre borró el rastro de la pesadilla.

Decidió pasear por el camino de gravilla que rodeaba el lago. anduvo

distraída entre la naturaleza, absorta en la belleza del lago estático cuyas aguas en calma formaban un espejo nítido sobre el que se veían pasar las nubes oscuras.

El cielo estaba gris, tanto que sus nubes albergaban una gran tormenta, pero aquello solo aumentaba sus ansias de huir, de empaparse, de respirar el aire cargado de lividez. necesitaba con urgencia deshacerse del fuego que habitaba en su interior y prometía quemarla como si hubiera sido elección suya tener que soportarlo.

¿Y si ya no quería ser fuerte? ¿y si quería romper aquel maldito contrato que ni siquiera recordaba haber firmado?

De un momento a otro tuvo el cabello empapado, goteando lágrimas frías. la niebla espesa, que ocultaba el camino entre el ruido sordo del agua colisionando contra las hojas verdes de los arboles.

Lentamente la lluvia se convirtió en nieve, impidiéndole ver con claridad. El eco de su respiración era lo único que podía oír. movió la cabeza hacia la izquierda y derecha, tratando de encontrar un refugio, pero todo lo que había era una siniestra tranquilidad. se había adentrado demasiado en el bosque y no estaba segura de hacia donde debía ir.

Corrió todo lo que pudo entre los tronco hasta caer de bruces. gimió vagamente y un jadeo escapó cuando trató de levantarse.

Le atestaron un golpe en las costillas, lo que contuvo su respiración y tragó en seco. rodó sobre sí misma un par de veces hasta que su espalda chocó contra algo duro y rugoso, el tronco de un árbol, quizás. entonces el dolor estalló en su cadera e irradio a los largo de su vientre obligándola a convertirse en un ovillo, y lentamente bajó por sus piernas. Apretó los dientes mientras sus mejillas se empapaban por lágrimas. Con la respiración agitada trató de erguirse para huir, pero fue en vano; algo agarraba sus muñecas con fuerza. El corazón le aporreaba el pecho y sus hombros se sacudían y temblaban con violencia. Eran unas gélidas manos lo que la sujetaban; gritó y tiró del agarre. por la fuerza con la que ella había tirado, aterrizó de espaldas en la nieve, y con la mirada perdida entre las ramas de los pinos altos quedó paralizada al mismo tiempo que sus cabellos se cubrieron de diminutos copos de nieve. Con el tiempo sus músculos se agarrotarían y dejaría de sentir aquel dolor sofocante, y su piel blanca se fundiría también.

La oscuridad se cernió sobre ella. Al principio no se movió, sino que esperó ahí, con los pensamientos vagando caóticos por su mente.

Confusa, casi frenética. comenzó a sentirse mareada.

Entreabrió los ojos y se percató de que la oscuridad se disipaba; logró distinguir la puerta de un invernadero, al mismo tiempo que su cuerpo se balanceaba y el viento le azotaba el rostro.

Se arrastró hasta el interior y se tumbó de espaldas contra la tierra seca y perdió la vista la nieve que caía y cubría todas las superficies.

Elías sostenía la taza a la altura de su boca, oliendo el aroma sutil a café que percibía en cada inhalación. Se encontraba de pie frente al gran ventanal de la cocina, observando la calma que desprendía el filo del lago y el camino cubierto por diminutos copos de nieve. La noche anterior había llovido, sin embargo, una ola de viento helado transformó las gotas de agua en densos copos de nieve. El sol, que apenas tenía fuerza, seguía flotando en el cielo, iluminando las crestas de las lejanas montañas que rodeaban y acompañaban la costa solitaria. Dio un sorbo largo a su bebida cuando le pareció ver una silueta cerca del invernadero.

-¿Has ido a verla?-preguntó Grace, pero él parecía no haberla oído.

-Creo que hay alguien en el invernadero- murmuró.

Grace dejó la espátula sobre el plato y se acercó a él.

-¿Has ido a ver a Natalia?-

Él negó con la cabeza.

-No he podido...-murmuró distraído.

-Deberías ir- le sugirió ella-. ¿Cómo puede dormir tanto?- se preguntó Grace mirando hacia la entrada a la cocina esperando que de un momento a otro Alexandra apareciese por la puerta con el pelo despeinado y frotándose los ojos como una niña pequeña.

Elías dejó la taza sobre la isleta y se dirigió a la sala de estar con su hermana pisándole los talones.

-¿A dónde vas ahora?- inquirió con los brazos en jarras.

-Creo que hay alguien en el invernadero- anunció mientras abría uno de los cajones del mueble y sacaba una caja; de su interior sacó una pistola. Al verla, Grace dio un paso atrás.

-¿Qué hace eso aquí?- interrogó sintiendo como el enfado se apoderaba de ella.

-Cálmate, es por nuestra seguridad.

-No me gustan tus juguetitos- le increpó ella.

-Ni a mí tus fiestas y me las tengo que tragar todos los años- gruñó él.

-Este fin de semana voy a traer a mis amigos aquí; habrá alcohol de por medio y, ¡un arma!- exclamó consternada-. Y ahora, lo mejor que se te ocurre en medio de una tormenta es salir a comprobar si algún loco se ha colado en el invernadero? A ti tantas misiones te han freído el cerebro...¿Qué pasa, es que temes que alguien robe esos hierbajos que nadie riega nunca? -se mofó ella.

-No puede entrar nadie allí, ya lo sabes. Así que vuelve a tus tortitas, Grace.- me dijo con tono duro.

-A veces me recuerdas demasiado a papá. Intenta no matar a nadie más, anda- ella puso los ojos en blanco y dándole la espalda se alejó de él.

Elías se puso las botas y el abrigo y salió apresurado.

La nieve crujía bajo sus pisadas. Cuando estuvo delante de la puerta de cristal, tomó aire por la nariz y sujetando el arma con una mano, abrió la puerta con la otra.

A escasos metros de él se hallaba Alexandra de pie. Inmediatamente bajó el arma pero era demasiado tarde: el cuerpo de la joven se sacudía frenéticamente.

Corrió, aterrado, hacia ella antes de que se desplomara contra la tierra.

Percibió su cuerpo como flores marchitas y unos ojos famélicos devorarle la nuca.

La colocó de lado y le acarició la mejilla con las yemas de sus dedos congelados pro el frío que se filtraba por la puerta abierta.

Ella se endureció en sus brazos antes de perder el conocimiento. Al verla en aquel estado la sacudió con delicadeza al ver que no reaccionaba y entonces la joven tomó una bocanada de aire como si hubiera estado ahogándose en un océano y sin embargo sus entrañas ardían. parpadeó confusa esquivando voluntariamente la mirada de Leonard y se incorporó eliminando cualquier conexión física entre ambos. De sus pulmones emergió una tos ronca y tuvo que sujetarse a una de las plantas trepadoras para poder mantener el equilibrio.

-¿Te encuentras bien?- se acercó a ella dando unos pasos indecisos mientras empuñaba el arma en el bolsillo trasero de sus levi's.

Ella asintió nerviosa.

Inhaló profundamente y quiso moverse, pero se estremeció cuando un dolor punzante en la cadera amenazó con inmovilizarla. Giró la cara hacia la fuente de calor y volvió a abrir los ojos para ver el rubor que se cernía sobre el cielo al alba. El sol invernal se alzaba tras las colinas. Tragó en seco, echó una mirada furtiva hacia arriba y se encontró con la mirada llena de desasosiego de Elías.

-Puedo caminar... sola.

-Estas débil- murmuró con una sonrisa torcida- vamos a no arriesgarnos. Elías caminó con Alexandra en brazos durante varios metros. El cuerpo de la joven se amoldaba perfectamente a sus brazos, a pesar de estar quieta como una estatua, y su peso resultaba realmente liviano. Era menuda, aunque mantenía unas bonitas curvas...había soñado con ella desde aquella noche. Sus cabellos de fuego y sus ojos esmeralda, y por muy estúpido que sonara, acabó floreciendo en su interior una sensación de inquietud que no quiso reconocer.

Al llegar al porche la bajó con cuidado y abrió la puerta para ella.

El olor a tortitas, chocolate y queso penetró en sus fosas nasales nada más cruzar el umbral. Las tripas de Alexandra gorjearon aunque el nudo que tenía en la garganta le impedía pensar en la comida de la que provenía aquel aroma.

Instintivamente Alexandra se quiso recoger el pelo en una coleta, pero hizo una mueca cuando sus manos rozaron algo húmedo y viscoso.

-Has estado jugando en el barro- se burló él mostrando una sonrisa dentada y cogiendo uno de sus mechones entre sus dedos.

Ella puso los ojos en blanco.

-Aléjate de mí- quiso pegarle con la mano pero no le rozó el hombro pues él ya se había agachado para bajarle la cremallera de las botas. acto seguido se volvió a erguir y le tocó la frente con la palma de la mano.

-No tienes fiebre- indicó-¿ por qué saliste?- la interrogó.

Quiso mandarlo a hacer puñetas, sin embargo ambos se volvieron hacia la cocina de donde provenían unos murmullos. Alexandra y Elías cruzaron sus miradas unos instantes, y él no pudo evitar acariciar el pómulo de Alexandra. Ella suspiró y cerró los ojos. Sus latidos se aceleraron cuando

notó el tacto áspero de sus yemas.

-¡Aquí estás!- dijo Grace con entusiasmo que segundos más tarde se convirtieron en preocupación al ver las circunstancias en las que estaba su amiga- dime que no eras tú la que estaba en el invernadero, por favor.

-¿Qué llevas puesto?- preguntó Alexandra tratando que cambiar de tema- Estás ridícula.

Grace sonrió y le dirigió una mirada a su hermano que parecía contemplar con demasiada curiosidad el rostro de su amiga. Una carcajada histérica escapó entre sus labios y le rodeó los hombros a Alexandra con el brazo cuando ella le devolvió la mirada a Elías.

-Lexi, querida, dime que no ha pasado con él también- siseó entre dientes.

-No, por Dios, ino!- contestó ella escandalizada.

Grace resopló aliviada.

Elías dirigió la mirada hacia ambas mujeres, primero hacia Alexandra, que por las ojeras que había dibujadas bajo sus almendrados ojos estaba exhausta; después hacia su hermana, que en ese instante le mostró una leve sonrisa, aunque no llegó a sus ojos.

-Elías, ¿ por qué no traes más leña para la chimenea?-pidió ella amablemente, mostrando una sonrisa dulce.

Su hermano hizo una mueca aunque dio media vuelta y salió.

-Ni lo pienses- espetó.

-¿A qué te refieres?

-He visto como le miras, ni lo pienses- advirtió Grace.

Alexandra puso los ojos en blanco y se terminó de quitar las botas.

-Tranquila, puedes estar tranquila. No pienso seducir a tu hermanito- farfulló en tono seco mientras se dirigía a las escaleras.

-No me refería a eso, es solo que no me gustaría estar en medio de...tú no estás preparada para algo estable, y mi hermano necesita estabilidad, especialmente después de...

Alexandra tomó aire por la nariz.

-¿De qué?- inquirió a mitad de camino.-Solo quiero asegurarme de que no corréis demasiado rápido como esos niños en la playa y luego os tropezais con algún castillo de arena ajeno y...-divagó Grace.

- O quizás solo quieres cubrirte las espaldas, porque si tuvieras que elegir bando le elegirías a él.

-Tú jamás me harías elegir.

Las comisuras de Alexandra se elevaron formando una media luna.

-No hay nada que elegir. Permaneceré lo más alejada de él como sea posible teniendo en cuenta que compartimos techo.

Grace asintió distraída antes de escabullirse por la puerta de la cocina y dejar a Alexandra en compañía de aquel silencio pesado.